

Océano de un blanco náutico

Camino lentamente por las dunas. Me falta el aliento y me siento mareada. Cada paso que doy me supone un esfuerzo increíble, como si tuviera que empujar una pesada roca cuesta arriba. Tengo la visión nublada y el paisaje desértico lentamente es devorado por un vacío negro.

Antes de darme cuenta he cerrado los ojos, mi cuerpo no resiste para más. Lo último que recuerdo antes de quedarme inconsciente es la incómoda sensación de la arena en mi cara.

Lentamente me despierto. Para mi sorpresa no veo el cielo azul, sino un tejado en mal estado. Con dificultad muevo la cabeza para analizar mi entorno. Me encuentro en una especie de sótano poco iluminado, completamente desordenado y lleno de máquinas. Mis ojos se paran en una figura humana que me da la espalda. Está sentada ante un escritorio sucio, tecleando en lo que parece ser un ordenador hecho de pura chatarra.

- ...¿Dónde estoy?

El extraño se sorprende al escuchar mi voz. Gira su silla y me mira con una sonrisa de oreja a oreja.

- ¡Por fin has despertado!

Se trata de un hombre joven, con una piel en mal estado. Tiene varias quemaduras y está llena de imperfecciones. En general tiene un aspecto de sufrir algún problema de salud, aunque no sabría decir exactamente cuál.

Me fijo en su ropa. Lleva prendas simples y harapientas, con varios remedios. Sobre sus hombros está una capa roja y descolorida. En sus brazos hay pulseras y brazaletes brillantes, que continúan por sus dedos en forma de anillos. Tienen diversos colores, que van desde marrón a dorado.

Finalmente le miro frente a frente. Su cara se ve igual de poco saludable que el resto de su cuerpo, y su pelo parece no haber tenido un buen lavado en demasiado tiempo. Pese a todo esto, destacan sus ojos azules, tal vez porque son bonitos en comparación con su aspecto magullado.

- ¿Cómo estás? ¿Te sientes bien? ¿Algún síntoma? ¿Nauseas? ¿Mareos? ¿Ganas de vomitar?

- ...Confundida, así estoy.

- *Seh*, supongo que es normal. Acabas de despertarte. Creo que te vendría bien una explicación.

- La verdad es que sí... ¿Quién eres? ¿Qué es este lugar?

- Verás, chiquilla. Estaba yo caminando por el desierto tan tranquilo... ¡cuando te encontré tirada en el suelo! - Narraba con emoción, añadiendo drama con el tono de voz a frases como la última - Obviamente no iba a dejarte ahí teniendo una insolación, así que como soy muy caballeroso... ¡te traje a mi humilde morada! ¿Sabes por qué estabas inconsciente?

- No - Hablo de forma más firme, lentamente me estoy despertando más y más.

- Vale, prepárate, porque lo que te voy a contar es flipante. Dime, ¿en qué año estamos?

Me extraña que me tire una pregunta tan fácil.

-2030

- ¡Jaja! ¡No! ¡Bienvenida al futuro! ¡Estamos en el 2126!

- ...¿Qué? No... imposible...

- ¿Qué es lo último que recuerdas?

- Yo... vagando por el desierto... cayendo al suelo y... lo siguiente fue despertar aquí

- Bueno, te diría que te miraras en un espejo pero no tengo. El caso, ¿no recuerdas un laboratorio o algo?

- No... ¿qué ha pasado?

- Que despertaste de la criogenización.

- ¡Qué!

- Sí, tu ropa es la de una empresa multinacional que ofrecía ese servicio. Supongo que volver a usar el cerebro después de tanto tiempo te ha dejado con algunas lagunas temporales. Estoy seguro de que con el tiempo te acordarás de todo.

- Entonces... ¿estás diciendo que me desperté de como...casi un siglo de criogenización y lo primero que hice fue pasear por un desierto hasta quedar inconsciente?

- Esas cosas pasan, he visto a gente parecida. Simplemente tú tienes una reacción desmedida al proceso y te afecta más al principio. Como si fueras alérgica a algo mientras que al resto de gente no le afecta.

Me quedo unos minutos recapacitando en toda la información que me acaba de llegar.

- Bueno... gracias por salvarme... aún estoy un poco en... crisis... pero por ahora quisiera aprender más de este sitio.

- Claro, claro. ¡De hecho! Será mejor si te distraes de la... situación.

Le cuesta decir ese último tramo. Se nota que quiere ayudarme, pero que le cuesta al saber lo grave que es la situación.

- ...En fin, ¿quieres que te enseñe la casa?

- Vale.

La sonrisa vuelve a su cara junto a su actitud enérgica y feliz.

- ¡Perfecto! ¡Sígueme!

Lo acompaño y subimos por unas escaleras. Me enseña toda la casa, y no tarda en hacerlo porque es enana. Tiene pocas habitaciones y todas con menos de los metros cúbicos necesarios para que sea cómoda. Toda la vivienda está en estado deplorable, desordenada y construida con metales oxidados y chatarra. El viaje acaba en su habitación, en la cual se encuentra un colchón roto y una mesa sorprendentemente organizada. En ella hay un mapa y varios utensilios arcaicos para dibujar. Al mirar las paredes me doy cuenta de que hay otros planos pegados en ellas.

- ¡Y aquí es donde *la sobo*! En fin, ¿qué tal la casa? ¿se parece a las de tu época?

- No...

- Ajá, apuesto a que la tuya no era ni la mitad de acogedora.

- Mi casa no estaba hecha de chatarra... ini la mía ni ninguna!

- ¿Y de qué iba a estar hecha si no? - Parece una vacilación, pero se sorprende al pensar en su propia pregunta – No... no me digas que vivías en una ciudad.

- Sí...¿esta es la única casa del desierto?

- ¡Guau! ¡No sabía que eras tan rica! ¡Con razón podías permitirte la criogenización! ¡Es un honor que la señorita italiana se presente en la casa del hermitaño!

- ¿Por qué italiana?

- ¡Porque tienes pasta! – Tira la sonrisa más grande hasta ahora después del horrible chiste. Le juzgo con la mirada y después de unos segundos rompo el hielo.

- Bueno, ¿decías que eres un ermitaño?

- Sí, soy el único por estos lares... al menos hasta que llegaste tú. Bienvenida al Páramo. Así llamo a este sitio.

- Le pega a un desierto vacío.

- ¡Vacío excepto por mi humilde morada! ¡Y los escombros de las dunas!

- ¿Escombros?

- Son geniales. Si caminas lo suficiente encontrarás chatarra enterrada en la arena. Tengo muchísimos cachibaches que he sacado de ahí. Mira – Coge un objeto oblongo y oxidado

- ¿A que mola? No tengo ni idea de qué es.

- Una lata.

- ¿Una qué?

- Eso es una lata, se usaban para almacenar comida.

- Hmm – La mira – Pues son geniales para hacerse brazaletes.

Ahora ya sé de dónde sacó los accesorios de sus brazos. No son más que hojalata desértica

- Hablando del desierto... no lo he visto bien. ¿Podemos salir?

- ¡Claro!

Le sigo hasta la entrada y cuando abre la puerta el sol me deslumbra. Me había acostumbrado a la oscuridad de la casa, cuya única fuente de luz era a través de los agujeros entre las paredes mal construidas.

- ¿A que mola?

Por mucho que lo intento, no le veo encanto alguno al desierto desolado delante de nosotros. A la distancia logro atisbar unos edificios grises cubiertos por una vasta niebla.

- ¿Qué es eso? - Le pregunto señalándola.

- Una ciudad. Deberías saberlo – Bromea – Tú eres de ahí.

- ¿Por qué está cubierta de niebla?

- Tú me dirás. Todas son así.

- ...Espera... la ciudad tiene niebla y este sitio no... eso... ¿eso es esmog?

- Supongo. Tú eres la rica, sabes más que yo de esto.

- ¿Sabes algo de las ciudades contemporáneas?

- Pues... nunca he estado en una, pero me tengo acercado a la que ves. Tiene colores muy aburridos, hasta el camino hacia ella no es de este precioso amarillo, sino de un negro con franjas blancas raro.

- ¿Es duro?

- Sí.

- Creo que acabas de describir una carretera. Por ahí pasan coches.

- ¿Qué es un coche?

- Bueno, espera, ¿por qué nunca has llegado a entrar en la ciudad?

- Por el aire. La niebla esa es horrible. Cuanto más te acercas peor huele, y más te cuesta respirar. Un día me propuse conseguir llegar adentro, pero me rendí y estuve unos días con una tos terrible. ¿Cómo es que tú soportas eso?

- ...No lo hago.

- ¿Eh?

- En mi época no había esa niebla. Bueno, sí que la había, pero solo estaba en las ciudades más grandes y no siempre... yo nunca viví algo así.

La preocupación empieza a aparecer en mi cabeza al pensar en la situación en general. Estoy en un desierto con un ermitaño y la civilización más cercana parece estar en peor situación que una capital en época de turismo.

- Menos mal. Oye, avísame si te molesta el sol.

- El sol no, pero el calor es terrible.

- ¡Ja, mira bien a tus alrededores!

Doy unos pasos y me doy la vuelta al darme cuenta de que aún no vi la fachada de la casa. Esperaba una entrada hecha también de metales mal unidos, y estoy en lo correcto. La parte frontal es igual al resto de la vivienda. Pero algo me deja absolutamente desconcertada. A los lados de la covacha no hay más desierto, sino una pared de plásticos que triplica mi altura y que cubre el techo de la dicha casa. Se extiende hasta donde no me llega la vista. Me veo abrumada ante semejante monumento a la contaminación, y antes de que pueda preguntarle al hombre, me lanza una pregunta que no hace más que empeorar la situación.

- He hecho un buen trabajo, ¿eh?

- ¿A qué te refieres? - Respondo con dificultad, aún procesando lo que ven mis ojos.

- ¡Esta muralla la hice yo!

- ¡Qué! ¡Por qué!

- Para proteger algo, claro. ¿En tu época no protegíais las cosas importantes?

-...¿Qué cosa?

Entra en la casa de nuevo y le sigo mientras pienso en como cuestionarle. Salimos por una puerta trasera que no había visto antes, y entonces tengo otra sorpresa más.

Ahora estoy viendo un vasto mar. Esto no era un desierto, era una gigantesca playa. El color azul del agua es precioso, pero flotando en ella hay muchísimas partículas y plásticos

deteriorados, a los cuales el sol ha privado de todo pigmento. El imponente blanco descolorido cubre casi toda la costa, es una vista horrible, sobre todo comparada con la que recordaba.

- Es hermosa, lo sé.

- ...No.

- ¿Cómo que no? Es un azul precioso.

- ¡No es azul! ¡Es blanco! ¡Un blanco feísimo!

- Oye.

- ¡Ni siquiera me parecían bonitas las playas! ¡Pero al menos no estaban cubiertas de mierda!

- Cálmate, por favor.

- ¡No! ¡Estoy harta! ¡Vives en condiciones deplorables! ¡En un desierto completamente vacío y con una costa diluida en plástico! ¡Y actúas como si todo estuviera bien!

- ¿Qué es plástico?

El enfado se me pasa cuando me pregunta eso y es sustituido por una sorpresa muy impactante, ¿cómo es posible que viva rodeado de ello y no sepa lo qué es?

- Lo blanco... lo que cubre la costa.

- ¿Así llamabas en tu época a la parte blanca de los peces?

- ¿Qué?

- Yo lo llamo espinas. Espinas del pescado.

- ...Llamas... ¿llamas espinas a esto? - Le pregunto apuntando a un resto de plástico que flota en el agua.

- Claro. Todos los peces las tienen. Hay que ver, tengo que darte una clase de biología.

Escúchame bien: los animales del mar tienen algo en el cuerpo, de color blanco. Se llaman espinas y hay dos tipos. El primero son unas delgadas y con pinchos que están dentro de sus cuerpos y que no cambian entre la misma especie.

Lo que acaba de explicar tiene un perfecto sentido, pero tengo un mal presentimiento cuando se dispone a contarme sobre el otro tipo.

- El segundo crece por fuera. No tiene pinchos y la forma varía mucho. No sé por qué les salen estas cosas, pero dependen completamente del individuo. Aparentemente también se pueden salir, por eso hay tantas aquí. Como puedes ver suelen ser redondas, como si se hubieran erosionado.

Mi ira se ha convertido en pena. Pensaba que era un escapista y que solo actuaba como que todo estaba bien, pero ahora he descubierto que realmente eso es lo que piensa. No está al tanto de como de terrible es su situación porque ni siquiera sabe cuáles son los problemas.

- ...Eso no son espinas...

- ¿Y qué va a ser si no?

- Plástico. Un material sintético. Los peces quedan atrapados en restos de plástico, pero no es parte de su esqueleto.

- ¿Material sintético?

- ...Oye... ¿qué comes para vivir?

- Soy pescador.

- ...Oh no... por eso estás tan pálido.

- ¿Qué pasa?

- ...Esos peces deben de tener muchísimos microplásticos dentro... ¿cuánto tiempo llevas alimentándote solo de ellos?

- Tal vez una década... o más.

- Dios mío... ¿cómo te lo explico?

- ¿Pero qué pasa? Ni que comer pescado fuera malo.

- ¡No lo es! ¡Pero comer plástico sí!

- ¿Pero qué es? ¿Qué significa sintético?

- ...Que no es sacado de la naturaleza... el metal por ejemplo es sintético.

- ¿Y los peces tienen?

- Con como estaba la playa, deben de tener muchísimo...
- Y eso significa que...
- Es como... como si hubieras comido animales con muchos trozos pequeños de metal dentro durante años.
- ...Eso pinta mal.

- Porque lo es. Seguramente tengas algún problema de salud no diagnosticado.
No me responde. Su expresión es seria, parece estar pensando en lo que estoy diciendo.

- Entonces... me he estado envenenando todos estos años... ¿eso me quieres decir?
- Sí.

No sé como se lo va a tomar, pero me espero lo peor. Sus ojos están clavados en los míos, pero sigue sin hacer mueca alguna.

- ¡Bueno! ¡Qué se le va a hacer! ¡Tampoco tenía nada más que comer! ¡Y de todas formas aquí estoy, vivo y coleando!

La facilidad que ha tenido para asimilarlo me toma por sorpresa.

- ¿No te importa?

- A ver, claro que sí, pero no tengo otra opción que comer pescado. Así que no me voy a preocupar, de todas formas no tengo control sobre el tema.

- ...Guau... menudo estoicismo.

- ¿Qué es el estoicismo?

- A este paso voy a tener que ser tu diccionario.

- ¿Qué es un diccionario?

- Espera, esto es una pregunta genuina, ¿fuiste a la escuela?

- ¿Eh? Ah, algo he escuchado de eso. Es un sitio al que van los de ciudades ¿no? Y les enseñan... cosas.

- ¿Sabes leer, siquiera?

- ¡Sí! ¡Y soy genial en ello! ¡Mira!

Vuelve adentro. Cambia de sitio con la misma facilidad que de tema. Me alivia sentir el frescor de la casa, es de las únicas cosas buenas que tiene. El hombre saca de una caja cerrada una insignia sucia con un ancla.

- ¡Aquí debajo pone "Sailor"! ¡Eso significa marinero!

- Guau, ¿sabes inglés?

- Si por inglés te refieres a esas palabras raras que no se parecen a las normales, entonces sé algo. Tengo encontrado papeles que explicaban su significado.

- Jaja, eso te serviría de mucho en una ciudad.

- ¿En serio?

- Sí, es una de las cosas que enseñan en las escuelas. Son muy pesados con que hay que aprenderlo.

- ¡Ja! Una pena que no planee pisar ese sitio feo.

- Ya... ¿coleccionas cosas de marineros?

- ¡De hecho sí! No tengo más cosas como esta, pero ya viste mis cartas náuticas. Las dibujé yo.

- ¿Por qué?

Sonríe más que nunca cuando le pregunto eso – Chavala, ahora mismo soy solo un pescador con un bote de pacotilla que no llega nada lejos... pero algún día... ¡voy a ser marinero! ¡Me iré en mi barco por ese mar! - Apunta a la puerta trasera que lleva a la costa

- ¡Y entonces encontraré las aguas azules!

- ¿A qué te refieres?

- Antes me dijiste que la playa era feísima. Y la verdad puedo entenderlo, está cubierta de espi... de plástico. ¡Pero las leyendas cuentan de que más allá hay un océano claro y tan precioso como el cielo! ¡Y créeme, algún día llegaré ahí!

No puedo evitar sonreír. Ahora admiro el optimismo que antes pensaba que era escapismo.

- En fin, se está haciendo tarde – Me dice. Miro por la ventana y tiene razón, el sol se está poniendo - ...¿Te importaría cenar pescado hoy? Es lo único que te puedo ofrecer.

- Es mejor que nada... y gracias por compartir la cena.

- ¡De nada!

Coge una caña colgada en la pared y sale. Me esperaba que ya tuviera listos los ingredientes, pero entonces razono que seguramente las temperaturas impiden conseguir hielo.

Me siento a su lado mientras espera pacientemente a que algún pez pique el anzuelo.

- ¿Hace mucho calor por aquí?

- Sí, muchísimo. ¿Prefieres el frío?

- La verdad es que sí.

- Todo el mundo opina lo mismo. Por eso el frío es algo solo de ciudades.

- ¿Y cómo lo sabes?

- En el camino a la ciudad que tenemos al lado vi anuncios con eso. Era un eslogan. “El calor es para pobres”...veo que envejecer también – Se ríe.

Nos quedamos en silencio hasta que por fin consigue una presa. Vamos a la casa de vuelta y él sale para activar un arcaico y derruido generador. Le echa un líquido negro y entonces el cuchitril se ilumina.

- ¡Tenías electricidad!

- Sí, pero tengo que usar petróleo para que funcione.

- ¿Petróleo? ¿Sigue habiendo?

- Sí, pero es básicamente una reliquia. Hay gente que mata por él.

- Ya estaba escaseando en mis tiempos... no me imagino ahora. ¿Qué pasó con lo de las energías renovables?

- ¿Te refieres a molinos y todo eso?

- Sí.

- Los tengo visto cuando viajaba. Son geniales para conseguir metal. En cuanto a su uso, pues no sé. Llevo toda mi vida sin verlos en funcionamiento. Aunque el olor que rodea a la ciudad se parece al del carbón y petróleo cuando se queman.

- ...Osea que las grandes ciudades utilizan... ¿combustibles fósiles?

- Supongo que eso, y todo tipo de gases. Pero para la gente como yo la única fuente de energía es el petróleo.

Mientras dice esto pone los peces en una cocina de carbón y se dispone a prepararlos, pero el primer paso del proceso es una ardua extirpación de plástico.

- Lo que te estaba diciendo, que el líquido negro este vale más que una vida. Solo enciendo las luces para ocasiones especiales.

- ¿Y lo usas para otras cosas?

- Lo guardo. El día en que tenga un barco, funcionará con petróleo.

- ¡Ah! ¡Pero eso significa que encender las luces hoy está gastando combustible!

- No te preocupes, eres una invitada.

Seguimos discutiendo sobre si apagar la bombilla o dejarla apagada hasta que termina de cocinar. Pone los platos en una mesa arcaica que tiene y nos sentamos a comer. Noto que mi cena tiene muchas menos partículas que la suya.

- ¿Le quitaste más plástico al mío?

- Sí – Se ríe – Yo no soy mal comedor.

Cenamos en silencio, hasta que él lo rompe.

- Por cierto... ¿no tienes lugar a donde ir, no?

- La verdad es que no...

- Si quieres puedes quedarte aquí, alguna habitación te apañaré.

- ¡Gracias! ¡Menos mal!

- Aunque tendrás que soportarme delirar sobre cuentos náuticos, ¡jajaja!

Me río con él y terminamos la cena. Entonces un ruido extraño me sobresalta, viene de la puerta trasera. Voy a ver qué es, pero me doy cuenta de que es solo un trozo de chatarra que se cayó del techo.

- ¿Qué fue eso? - Habla alto, para que le escuche desde fuera.

- Metal caído.

- Ah, vale.

Planeaba volver, pero entonces mis ojos se quedan ensimismados en el mar.
Cuando me doy cuenta, está detrás de mí.

- Sabes... creo que no nos hemos presentado aún... ¿tienes nombre, no?

- ¡Es verdad!

- Para ser de ciudad tienes pocos modales – Vacila.

- Me llamo Sara, un placer. ¿Tú?

- La verdad, no me acuerdo del mío. A lo mejor tenía uno, pero mi madre siempre me llamaba hijo.

- Pues deberías arreglar eso.

- ¿A qué te refieres?

- Date un nombre.

- Lo haría, pero hay muchísimos para elegir... tú llámame como quie-

- ¡Saúl! - Le interrumpo.

- ¿Saúl?

- Se parece algo a *sailor*.

En su cara se nota que le ha gustado la idea.

- ¡Un nombre digno del marinero que conquistará el océano azul!

El silencio vuelve a dominar la conversación. Sigo con la mirada en las olas.

- Me sorprende que no te gustara la playa.

- ...No sé, la naturaleza nunca me llamó. Y mira, ahora todo está fatal.

- Oh, vamos, no te desmotives – Pone la mano sobre mi hombro y me sonrío – ¡Estoy seguro de que eventualmente el mar te gustará tanto como a mí!